

# RETRATO DE UNA PASIÓN FURIOSAMENTE CELESTE<sup>1</sup>

Por Alejandra Sghirla

1::

Versión del artículo "Al ritmo de la orquesta", publicado en *Cuadernos de Comunicación Social* N° 1, editado por Silvia Soler y Silvana Tanzi (noviembre, 2006). Originado en el trabajo de memoria de grado de Alejandra Sghirla: *Alea Jacta Est* (la suerte está echada). Tutores: S. Soler y S. Tanzi (2005).

Montevideo 2 am. La ciudad está tranquila. Se puede caminar zigzagueando sin riesgo de pechar a nadie. Perros y hurgadores salen a merodear por los rincones de la Ciudad Vieja. Desde lejos llega el murmullo de los boliches, el sonar de las copas, las carcajadas, las bocinas. Al doblar la esquina de Colonia y Florida, una ráfaga de viento envuelve al peatón nocturno. Montevideo es una de esas ciudades donde el viento hace levantar la cara. Y si se levanta la cara justo ahí, en la esquina de Colonia y Florida, lo primero que se divisa es el cartel luminoso del Casino Victoria Plaza. Puertas adentro, otra ciudad despierta.

Lo primero que se siente al entrar al Victoria es un chillido que no se parece a nada. El golpe de las fichas contra la bandeja de acero se entrecruza con la música de las máquinas, con el grito de los *croupiers*, con el constante pulsar de dedos índices en los botones de "comienzo". Se trata del sonido ambiente de la sala, cuya orquesta se integra por cada uno de los participantes del juego. Sin embargo, el cuadro no sorprende solo por su riqueza musical (ligeramente ordinaria) sino más aún, por el destello de luces y colores que inunda la sala. Los pisos están recubiertos por alfombras carmesí sobre las que se dibujan etéreos arabescos. Las paredes, revestidas en moquete igualmente carmesí, le dan el toque acogedor al ambiente. Más allá de ceniceros y butacas, la sala no presenta ningún otro elemento decorativo: plantas, sillones y cuadros brillan por su ausencia. Ante tal austeridad ornamental la presencia humana es, visualmente, el componente más rico.

El público que asiste a las casas de juego es esencialmente heterogéneo. Si se echa una mirada a vuelo de pájaro sobre los artículos que desfilan por las roperías de las salas, esta heterogeneidad es fácil de comprobar. Los portafolios se entrecruzan con las materas, los finos

abrigos con las chismosas, los paraguas de mano con las aterciopeladas gabardinas. No obstante, el casino cuenta con un mínimo protocolo de admisión: a los hombres les está prohibido ingresar a la sala usando chinelas, chancletas o cualquier calzado que deje el pie a la vista. A las afueras del Victoria Plaza, en la parada de taxis situada sobre la calle Florida, funciona también una improvisada ropería. Los jugadores que olvidan el reglamento y son "rebotados" por el personal de seguridad por no llevar el calzado adecuado, suelen ir a la parada de taxis e intercambiar zapatos con quienes allí trabajan. "Dos por tres —cuenta Ricardo, cuidador de la cabina de vigilancia de la parada— me piden mis championes y me dejan las chinelas por un par de horas". Por otro lado, para los taxistas que operan en dicha parada el turno de la noche ofrece la posibilidad de generar ganancias importantes. Son frecuentes los viajes a Casabó, el Cerro, la Cachimba del Piojo así como a Punta Gorda y al Prado. Este abanico de destinos deja entrever la variada gama de estratos sociales que concurren y se entrecruzan en las salas de apuestas.

El azar ignora toda clase de diferencia generacional, social o cultural: hombres y mujeres, jóvenes y adultos, pobres y ricos se entrecruzan por igual en las salas. Entre todas estas variables, la diferencia de género según el tipo de juego es la más pronunciada. En el caso del Victoria Plaza, la propia estructura edilicia establece una distribución geográfica por sexos. Si se está parado en la calle Colonia, mirando hacia el sur, sobre mano izquierda se ubica la sala de juegos tradicionales, dominada por el sexo masculino, mientras que a mano derecha se encuentra la sala de maquinitas electrónicas (*slots*) donde el público es mayoritariamente femenino. En las salas de maquinitas los apostadores son preferentemente jóvenes (sobre todo en la noche, durante el día superan los

Alejandra Sghirla::  
(Montevideo, 1982).

Es licenciada en Comunicación Social por la Universidad Católica del Uruguay. En 2004 cursó el seminario Periodismo Literario a cargo de las profesoras Silvia Soler y Silvana Tanzi. Desde enero de 2004 trabaja en el Departamento de Compras del Aeropuerto Internacional de Carrasco (Uruguay), en una actividad más cercana a los números que a la escritura.



cuarenta) mientras que en los juegos de paño —ruleta, black jack, punto y banca— los jugadores pasan los treinta y pico. El valor de las apuestas varía según el tipo de juego: las maquinitas admiten una participación de poca monta (cincuenta centésimos en adelante) mientras que en los tradicionales el valor más bajo para ingresar al juego es de cincuenta pesos.

A la presencia de los jugadores se le suma el plantel de funcionarios que trabaja en las salas compuesto por *croupiers*, mozos, cajeros, jefes de mesa, porteros y patovikas. Entre todos ellos, la figura del *croupier* es la más codiciada y comentada por el público. Las creencias en las buenas y malas rachas recaen muchas veces sobre este personaje al que el jugador suele atribuirle sus desgracias o sus glorias. Por reglamento, cada *croupier* realiza un turno de media hora por mesa de juego, normativa que previene los malos humores de algunos apostadores cabalísticos.<sup>2</sup>

En Uruguay el juego tiene años y años de práctica. Desde los tiempos de la Colonia, múltiples crónicas de viajeros dedican entre sus páginas algún comentario sobre los juegos de azar en la incipiente ciudad de Montevideo. Milton Schinca recoge en *Boulevard Sarandí* varias anécdotas timberas de la capital a principios del siglo XIX. “Parece que nuestra gente fue siempre muy afecta a los juegos de toda clase no solo hoy; ya fuera que se jugase por dinero o por mero pasatiempo, aunque predominaba la timba pura y simple (también como hoy). Y eso ocurrió desde la primera hora, desde los tiempos fundadores mismos; y así siguió siendo durante toda la Colonia, y luego en la vida independiente, y...”<sup>3</sup> Desde entonces, el mercado del azar crece y multiplica su oferta. Casinos, juegos de apuesta populares, clubes clandestinos y organizaciones particulares abocadas a la venta del azar en el país y en el extranjero son algunos de los componentes de este sorprendente abanico lúdico nacional.❖❖

2:: Este mismo cuadro, con ligeras variantes en cuanto a los niveles de tecnología, se repite en los siete locales de juego habilitados en Montevideo, en la sala de Maroñas de Las Piedras, en el departamento de Canelones y en el imponente complejo del Conrad en territorio fernandino.

3:: El escritor prosigue enumerando los múltiples juegos de baraja que se estilaban, las bochas, las carreras de caballo, los bolos, el billar y el más difundido de todos, la lotería de cartones “que se jugaba en bien conocidos lugares céntricos adonde acudían en tropel los apostadores”. También estaban las timbas de vereda, donde muchachos “de familia” se entreveraban con negros esclavos para tirar los dados por dinero.

Foto P. P.